El Comité Internacional de la Cruz Roja y el Servicio Internacional de Búsquedas de Arolsen

por Paul Reynard

El 6 de junio de 1955, cuando la dirección y la administración del Servicio Internacional de Búsquedas (SIB) fueron encargadas al Comité Internacional de la Cruz Roja, éste experimentó una gran satisfacción. En su discurso, durante el acto de la firma, el canciller alemán, señor Conrad Adenauer, se felicitó por el empeño del CICR «en reanudar esta tarea de conformidad con lo estipulado en los Convenios de Ginebra».[1] Por su parte, el presidente del CICR, señor Paul Ruegger, agradeció al canciller alemán y a los representantes de los Estados miembros de la Comisión Internacional para el SIB la confianza que depositaban en la Institución.

Una lejana preocupación del CICR

Para el CICR, esto era, en resumidas cuentas, una justa compensación. El origen oficial de ese servicio se remonta a 1943, en Londres; era la respuesta a una gran preocupación del cuartel general aliado, que confió a la sección de Asuntos Exteriores de la Cruz Roja Británica el cometido de fundar una Oficina de Búsquedas encargada de dar con el paradero de las personas desaparecidas, cuyo número se calculaban ya en varios millones. Esa dramática realidad que vivían las personas civiles había preocupado, por su amplitud, a los Estados Mayores mismos, de por sí poco permeables —el CICR lo sabía— a toda proposición relativa a las personas civiles. La instauración oficial, por altos jefes militares, de un servicio concebido para restañar una de

[1] «Le Service International de Recherches», *Revue internationale de la Croix-Rouge (RICR)*, nº 440, agosto de 1955, p. 517.

las heridas más crueles de las guerras modernas fue, más bien, una sorpresa, pero se avenía, por fin, con una lejana preocupación del Comité Internacional de la Cruz Roja que, desde comienzos de siglo, había visto a sus hombres de terreno constantemente confrontados con el difícil problema de la protección debida a la población civil en tiempo de guerra. Toda proposición en ese sentido había sido siempre puesta de lado tanto por los políticos como por los militares, que consideraban que la guerra era un asunto de soldados y que jamás debía afectar directamente a las personas civiles. «Cuando, en 1907, la Conferencia Internacional de La Haya redactó los primeros artículos relativos a los militares prisioneros de guerra» —escribía la señora Marguerite Frick-Cramer, miembro del CICR— «la delegación de Japón propuso examinar la situación de las personas civiles enemigas en territorio de la potencia adversaria... Esta enmienda fue rechazada por unanimidad, no porque los delegados en la Conferencia eran partidarios de las medidas de rigor para con las personas civiles enemigas, sino porque, por el contrario, se consideraba que el tema estaba, de por sí, fuera de todo debate».[2]

Proteger a las personas civiles, a pesar de la ausencia de bases jurídicas

Sin embargo, en todas las guerras que han tenido lugar posteriormente se ha demostrado que la preocupación de los japoneses estaba lejos de ser irrealista. A comienzos de la guerra de 1914, apenas asumió sus funciones el doctor Ferrière en la Agencia Internacional de Socorros y de Información en favor de los Prisioneros de Guerra, vio la afluencia de solicitudes relativas a «los miembros de las familias dispersadas por la tormenta».[3] Pero no había base legal alguna para la protección de las personas civiles. A pesar de este vacío y las objeciones de los escépticos, que no concebían que una acción pudiese comenzar sin base legal, «el doctor Ferrière siguió adelante. No podía resignarse a rechazar, como si se hubieran equivocado de dirección, a quienes, confiados, se dirigían al Comité Internacional como al único órgano neutral, imparcial, digno de toda confianza, al que se podía solicitar una ayuda válida, un socorro eficaz en el horrible desamparo

---

[2] Marguerite Frick-Cramer, «Le CICR et les conventions internationales pour les prisonniers de guerre et les civils», 2e partie, *RICR*, nº 295, julio de 1943, p. 568.

[3] Georges Werner, «Fréderic Ferrière, 1848-1924», *RICR*, nº 67, julio de 1924, p. 507.

del mundo».[4] El hecho de que, durante la guerra de 1914-1918, se pudieran concertar convenios bilaterales relativos a las personas civiles entre los beligerantes para la duración de las hostilidades permitía, quizás, esperar la concertación de acuerdos internacionales definitivos en cuanto se restableciera la paz. Pero no fue así. «Todo lo que se pudo acordar durante la guerra se convirtió en caduco, después de la firma del Armisticio de 1918».[5] Era el reino de la paz y el mundo —el mundo de los vencedores, sobre todo— se abandonaba a la ilusión de que sería definitiva.

El CICR no compartía este optimismo incondicional. Todas sus gestiones para hacer aprobar el principio de un Convenio para la protección de las personas civiles en tiempo de guerra, conocida con el nombre de «Proyecto de Tokio», no tuvieron repercusiones, o sólo se les prestó poco apoyo. «Muchos eran los que ya no querían admitir la posibilidad de una guerra y se negaban a abrir los ojos a la realidad. Estaban hipnotizados por la idea del desarme [...] Diversas personalidades oficiales dieron a entender al Comité Internacional de la Cruz Roja que no era el momento más apropiado para proponer a los Gobiernos la redacción de un estatuto de las personas civiles en tiempo de guerra; que tal iniciativa sería considerada en los ámbitos internacionales casi como una traición de la Cruz Roja a la causa de la paz universal que, también en Ginebra, apoyaba la Sociedad de las Naciones».[6]

En 1933, los tiempos habían cambiado y, tras la euforia de la década de los 20, vino la inquietud. Fueron vanas las aceleradas gestiones para obtener con rapidez la reunión de una nueva conferencia diplomática con miras a llenar un dramático vacío. La Segunda Guerra Mundial estalló sin que la comunidad internacional decidiera progreso decisivo alguno. El CICR no tenía más que dar prueba de iniciativa y de audacia. Logró hacer aprobar algunos pasajes del «Proyecto de Tokio» pero, por lo que respecta a la población civil de los territorios ocupados, persistía, una vez más, el vacío jurídico.

Pronto se pudo apreciar lo trágico de la situación: millones de familiares fueron separados por la tormenta. Recurriendo a su derecho de iniciativa, el CICR se organizó con miras a restablecer, en la medida de lo posible, las relaciones entre familiares separados, con la esperanza de posibilitarles, un día, volverse a reunir. Así pues, cuando

---

[4] *Ibídem*, p. 508.

[5] Marguerite Frick-Cramer, *op. cit.*, p. 572.

[6] *Ibídem*, p. 574.

fue fundada en Londres la Oficina de Búsquedas del Cuartel General Supremo de las Fuerzas Aliadas Expedicionarias (SHAEF), ya había, en la Agencia de Prisioneros de Guerra un «Servicio de Familiares Separados». Desde julio de 1943, había «una tarjeta-formulario en la que las personas que habían sido obligadas a dejar su domicilio a causa de los hechos bélicos, podían anunciarse y consignar los datos del miembro de su familia al que deseaban volver a ver».[7] Esta tarjeta, denominada «P 10027» se expedía en varios idiomas a gran número de Sociedades Nacionales de la Cruz Roja y de organizaciones.

Tentativas de cooperación

El CICR, que jamás había tenido la intención de hacer de ese «Servicio de Familiares Separados» un coto privado de caza, entabló, inmediatamente después de su formación, contacto con la «Administración de la Naciones Unidas para la Organización de Socorros y de Reconstrucción» (UNRRA) en Atlantic City, el mes de noviembre de 1943, a la que se informó acerca de la iniciativa tomada para resolver el problema que aquí tratamos. El 14 de diciembre de 1943,[8] el director de la UNRRA tomó nota de ello». En Ginebra, el CICR estaba dispuesto a colaborar, pero no fue fácil hacer coincidir las exigencias de la UNRRA con las de la doctrina de la Cruz Roja. «El verano de 1945, el CICR fue invitado a concertar [...] un acuerdo según el cual debería, en cuanto lo permitieran las autoridades militares aliadas, poder distribuir a las administraciones de los campamentos de personas desplazadas, especialmente en Alemania, sus tarjetas de datos y de búsqueda [...] *Sin embargo, esta distribución sólo había de hacerse, con exclusión de los ex enemigos, en favor de las personas de nacionalidades de los países aliados* que habían perdido todo rastro de sus familiares...».[9] El CICR dudó en aceptar tal

---

[7] *Rapport du CICR sur son activité pendant la seconde guerre mondiale* (Informe del CICR sobre su actividad durante la Segunda Guerra Mundial) vol. II. L'Agence centrale des prisonniers de guerre, p. 332.

[8] *Rapport du CICR*, op. cit. p. 336. Véanse también:

1º La correspondencia de la señora Marguerite Frick-Cramer con Sir Frédérick Leith-Ross, miembro del *Inter-Allied Post-War Requirements Bureau* de Londres, 8 de diciembre de 1943, (Archivo CICR, G-86);

2º El extracto de las notas sobre la entrevista del señor C.J. Burckhardt y la señorita Suzanne Ferrière con el señor Royall Tyler, agregado especial de la Legación de Estados Unidos en Berna, 14 de noviembre de 1944 (Archivos CICR, G-86).

[9] *Ibídem*, p. 336.

condición. Cuando, por último, se resignó a hacerlo, esperaba, desarrollar así su acción en favor de las familias separadas, «pero» —se añade en el informe— «deseó expresar su pesar por el hecho de que, de esta forma, se excluía a toda una categoría de personas desplazadas de la distribución de tarjetas P 10027».[10]

Así pues, hizo imprimir un primer millón de tarjetas en varios idiomas y esperó.

El CICR excluido por la UNRRA

Pero nunca llegó el visto bueno de las autoridades militares, y con razón. La UNRRA «instaló una Oficina Central de Búsquedas, al principio en Francfort, después trasladada a Arolsen, cerca de Cassel, en zona estadounidense, que fue reconocida por las autoridades aliadas como el único organismo competente para tratar los casos de personas desplazadas, abarcando, pues, los de familiares separados. El CICR se vio, así, desposesionado bruscamente de una actividad, que él juzgaba poder desplegar mejor que otro organismo...»[11] En el informe general del CICR de sus actividades durante la Segunda Guerra Mundial —publicado en 1948— se da a entender claramente que las relaciones del CICR con las autoridades aliadas no siempre fueron armoniosas entre 1945 y 1948.

La Organización Internacional de los Refugiados (OIR) designa a un delegado del Comité para dirigir el SIB

Pero aún cabía esperar. De hecho, cuando, en 1947, se encargó a la OIR la cuestión de los refugiados y de las personas desplazadas, ésta confió la dirección del SIB, sito desde entonces en Arolsen, a un eminente delegado del CICR, especialista de la Agencia Central de Prisioneros de Guerra, señor Maurice Thudichum. Con amplia experiencia por lo que atañe a los métodos de búsqueda y de clasificación en vigor en el CICR, el señor Thudichum se dedicó a constituir «un ingente fichero central concebido según los principios experimentados en la Agencia Central de los Prisioneros de Guerra».[12] El nuevo

---

[10] *Ibídem.*

[11] *Ibídem.*

[12] Roehrich, Pierre, *L'esprit et le cœur, récit d'un engagement au service des*

director sabe que «la existencia del SIB responde a una preocupación ya manifestada por el CICR mediante la ACPG: permitir a los familiares dispersados por la guerra reencontrar un bienestar moral reanudando los lazos cortados por los acontecimientos... Al aceptar la dirección del SIB, Maurice Thudichum permanece completamente en la línea seguida cuando prestó servicios al CICR.[13]

Uno de los inconvenientes de los que, discretamente, se quejaba el señor Thudichum era la presencia de empleados más entorpecedores que útiles porque, «en una organización internacional como la OIR, de la que depende el SIB, los Estados miembros pretenden colocar a su gente, que no tiene gran cosa que ver con las necesidades del servicio».[14] Pero, fuera de esas intrusiones molestas, pudo contar con un personal competente y entregado, con cuya ayuda logró insuflar a la obra un espíritu de conformidad con la ética humanitaria de Ginebra, y ello a pesar del gran obstáculo de la guerra fría, que privaba al Servicio de Búsquedas de innumerables y valiosos documentos.

La OIR —ya se sabía— era un organismo provisional. Pero se quiso ponerle término con cierta precipitación, ya que los prestamistas estaban preocupados por la financiación de la guerra de Corea, que acababa de estallar. Así pues, se cuestionó la existencia misma del SIB. El señor Thudichum, convencido de la índole casi permanente del Servicio de Búsquedas, sugirió a la OIR ponerlo bajo la responsabilidad del CICR. El Comité, también convencido de la necesidad del mantenimiento de ese servicio, que respondía a la demanda de numerosas familias, estaba ciertamente interesado por la propuesta. Sin embargo, tenía que poner condiciones. Por una parte, sus medios económicos podían apenas sufragar los gastos de tal empresa y, por otra, temía por su independencia. Quería, especialmente, disponer de la totalidad de los documentos necesarios para las búsquedas, mientras que gran número de ellos seguía perteneciendo a las fuerzas de ocupación, que tenían tendencia a limitar su uso. Como no se podían reunir esos requisitos, el SIB pasó a la tutela de las Potencias ocupantes occidentales y tuvo que sufrir serias restricciones presupuestarias. «Ello porque los Estados no tienen dinero para preparar la guerra»,[15] escribió el señor Thudichum. Aunque un poco desilusionado, aceptó seguir en

---

organisations internationales (BIT, CICR, OIR), Ginebra, junio de 1991, p. 105 (Biblioteca del CICR, 362.191 / 1088).

[13] Roehrich, *op. cit.* p. 106.

[14] *Ibídem*, p. 108.

[15] *Ibídem*, p. 116.

Arolsen hasta septiembre de 1951 para que la transferencia se hiciera con cierta armonía.

Finalmente, el CICR...

Así pues, bajo los auspicios de la Alta Comisión Aliada en Alemania, el CICR prosiguió sus actividades hasta el día en que Alemania, que había recobrado su plena soberanía, las Potencias interesadas confiaron la tarea del SIB al Comité Internacional de la Cruz Roja, «habida cuenta de la índole imparcial y universal del CICR y de su aptitud para asumir tal responsabilidad».[16] «Me he dedicado demasiado al SIB como para que no me sea grata esta reanudación»,[17] escribió el señor Thudichum. Le era tanto más grata cuanto que el SIB pasaba a la dirección del señor Nicolas Burckhardt, otro delegado experimentado, que conocía también los métodos de la Agencia.

Después, los que presidieron sucesivamente la Institución no han fallado ante las exigencias de un gran ideal. ¿No era el deseo del canciller Adenauer que el SIB sea fiel «al espíritu de los Convenios de Ginebra»?[18]

Paul Reynard

El señor **Paul Reynard** cursó estudios de Teología y de Filosofía. Fue delegado del CICR de 1967 a 1972 y encargado del reclutamiento de los delegados de 1972 a 1985. Actualmente está encargado de hacer investigaciones históricas.

---

[16] «Le Service international de Recherches», *op.cit.*, p. 515.

[17] Roehrich, *op. cit.*, p. 118.

[18] «Le Service international de Recherches», *op. cit.*, p. 517.